

Una real autonomía feminista

Bisherú Bernal Medel

Durante el XI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, que se llevó a cabo del 16 al 20 de marzo de 2009 en la Ciudad de México, me percaté de una situación referida a la logística que no está de más señalar. Quiero decir que me pareció un tanto discutible la decisión tomada por las organizadoras de contratar a técnicos que manejaran el sonido, así como a meseros. Me explico. Hubo momentos durante el encuentro en que me sentía incómoda al darme cuenta de que alguno de esos hombres, mesero o técnico, me observaba en dirección a lo que la cultura machista patriarcal ha considerado como representante de la feminidad: senos y nalgas. Mirada que, cabe señalar, contiene esa mezcla de obscenidad y complacencia clínica por una descarada intención de desnudar.

Por otra parte, quiero expresar también esa especie de agradable comodidad desenfadada que percibí en muchas de las asistentes al encuentro; había un ambiente bastante relajado y pienso que era debido a la ausencia casi total de presencia masculina. No estábamos preocupadas de que se nos deslizara un tirante por el hombro o de que la falda desinhibidamente se moviera un poco de lugar.

Pienso que la confianza de las participantes al pronunciar los variados discursos que, sin duda, enriquecieron la discusión en los temas tratados, también se vio modificada de forma positiva con la presencia masiva femenina, pues nos movimos momentáneamente de esa posición asignada socialmente de subordinación y contra la que luchamos día con día; la transgredimos, ya que hubo una reapropiación del lenguaje que nos fue arrebatado y así contribuimos al cambio ideológico del discurso dominante en nuestro entorno.

Pero fue durante la clausura que vi lo peor de la conducta masculina. En un momento dado me distraje del discurso pronunciado desde el templete debido a las risotadas de los técnicos de sonido, quienes se estaban burlan-

do del aspecto de las compañeras trans, las cuales —estemos a favor o en contra de su asistencia y participación en el encuentro— merecen respeto y, sin embargo, muchas veces reciben ofensas y discriminaciones todavía horribles en esta sociedad de pensamiento machista que intentamos modificar. Mi molestia fue tal que no me pude contener y fui hacia ellos para decirles, en un tono fuerte, que respetaran. Por supuesto, se quedaron callados sin saber qué decirme, acostumbrados a no ser cuestionados y menos por una mujer.

En diciembre de 2007 acudí al III Encuentro de los Pueblos Zapatistas con los Pueblos del Mundo, llamado "Las zapatistas y la Comandanta Ramona", que se realizó en la comunidad autónoma en rebeldía Francisco Gómez, Chiapas, México. Fue muy grato escuchar las múltiples formas de organización comunitaria en las que la participación de las mujeres ha aumentado de forma considerable. Es evidente que se ha ido transformando su lugar tradicional en esas comunidades del sureste mexicano, ya que han ido ganando más espacios y derechos.

Antes del levantamiento armado de 1994, las mujeres no podían salir de sus casas sin permiso de sus maridos o padres; las niñas no asistían a la escuela. Ahora, en los territorios en resistencia, las mujeres tienen derecho a decidir si se incorporan a la lucha armada o si administran uno o varios de los distintos cargos en las Juntas de Buen Gobierno zapatistas. Ya hay autoridades mujeres y desempeñan labores que transgreden su rol de género; asimismo, demuestran las enormes capacidades que no les habían permitido desarrollar.

Fue hermoso y muy emocionante ver que durante este encuentro todas las participantes eran mujeres. Unas manejaban la gran consola de sonido, mientras otra, con paliacate en el rostro, grababa a todas las que participaban con su palabra. Es decir, ellas se hicieron cargo de toda la logística. Los hombres sólo podían colaborar durante el encuentro haciendo la comida, limpiando y barriendo el espacio y las letrinas, cuidando a los niños y las niñas y trayendo leña para cocinar. Simpáticos letreros por toda la comunidad lo anunciaban, así como también que no les estaba permitido ser relatores, voceros, traductores, exponentes ni representantes de ninguna mujer en dicho encuentro.

No se trata de decir que las zapatistas son el ejemplo a seguir; pienso que podemos aprender unas de otras para ser congruentes con nuestros pensamientos y, si hablamos de un empoderamiento para evitar los abusos del otro sexo, debemos ejercerlo y volvernos autosuficientes, siempre que la

ocasión lo amerite, sin falsas autonomías que nos vulneran en un espacio tan especial como son los encuentros feministas, que han sido conquistados con el gran esfuerzo de numerosas mujeres latinoamericanas, quienes han trabajado mucho para su construcción y mantenimiento.

Sirvan estas líneas para reflexionar sobre este aspecto, en apariencia superficial, pero que da un atisbo de lo que significa, en realidad, la autonomía feminista ●

